debemos omitir (1). Como no quiera Dios ENVIARNOS Á ALGUNO para instruirnos POR SU PARTE, no espereis lograr nunca el designio de reformar las costumbres de los hombres (2).»—«Es, pues, preciso elegir entre los razonamientos humanos, lo mejor y mas sólido que existe, y embarcándose en ello como en una barquilla mas ó menos segura, pasar la borrascosa mar de esta vida, á menos que se pueda encontrar para tal viaje una nave á toda prueba,—UNA REVELACION DIVINA,—para terminar felizmente esta travesía, etc., etc. (3).

Pero donde adquieren este deseo y este llamamiento el carácter formal de una esperanza y de una *espectacion*, es en el célebre pasaje del *segundo Alcibiades*, tantas veces citado, en que, encontrando Sócrates á Alcibiades, que acude al templo á implorar á Apolo (á este Apolo que era ya una figura mitológica del Libertador), le disuade de su propósito, y formula de esta suerte su fé, la fé verdadera en el Mediador esperado, en el diálogo siguiente:

«SÓCRATES.—Es necesario que *esperes*, hasta que te enseñe *alguno* la conducta que debes observar para con los Dioses y los hombres.

»ALCIBIADES.—Y *¿cuándo llegará ese tiempo*, Sócrates? ¿Y quién será ese PRECEPTOR? ¡Con qué placer le veré!

»SÓCRATES.—Será El que te ama... Pero ante todo es preciso que libre tu alma de las tinieblas que la cubren, y que te ponga en estado de discenir los bienes de los males (4).

»ALCIBIADES.—Que disipe, si quiere, estas tinieblas y todo cuanto guste. Quien quiera que sea *ese personaje*, estoy

(1) Xenofonte, *Memorables*, lib. I, cap. XIX.
(2) Platon, *Apol. de Sócrates.*
(3) El *Fedon.*
(4) Es de notar que este Preceptor presentado como debiendo venir, y en tiempo futuro (*será*) existe ya (*el que te ama*, que *libre* tu sima, que *te ponga* en estado de discernir).

pronto á obedecerle sin reserva, *con tal que me haga mejor* (1).

»SÓCRATES.—*Aquel* te profesa un afecto maravilloso (2).

»ALCIBIADES.— Aplacemos, pues, mi sacrificio *hasta la llegada de ese venturoso dia;* ¡quiera el cielo que no tengamos que esperarle por mucho tiempo!»

He traducido lo mas literalmente que me ha sido posible esta página sobre la cual nunca llamaré sobrado la atencion. En efecto, ella muestra, hasta en el seno del paganismo, la fé que habia en JESUCRISTO, el cual *debia venir* á instruir visiblemente á la humanidad; y no obstante, *existiendo ya* en ese *maravilloso amor* que le ha de inducir á dar este paso. Además ofrece un sentido luminoso á otros muchos pasajes de Platon, que tambien le iluminan á su vez. ¿Cómo no ver, en efecto, el mismo personaje, Preceptor futuro de la humanidad, pero invocado ya como su Dios, y tal como ha de acabar de dárnosle á conocer el Evangelio en estos otros pasajes del mismo filósofo?

«Invoquemos al principio de este discurso al *Dios Salvador* á fin de que *nos salve* por medio de *una enseñanza estraordinaria y maravillosa*, instruyéndonos en la *doctrina verdadera* (3).»—«Implorareis al Dios del Universo, Autor de todo cuanto es y será.»—¿Quién es este Dios?—Lo que sigue nos lo dice:—«Rogareis á su *Padre y Señor* á quien *conoceremos* todos claramente, en cuanto es dable al hombre (4).»

(1) ¡Admirable sentimiento, al que podria reducirse toda la cuestion cristiana!
(2) Este sentimiento reiterado de amor hácia el hombre, espresado aquí en presente y atribuido al que debe venir, es digno de notarse nuevamente. Porque designa de un modo enteramente estraño al paganismo *el Dios de caridad;* á este Dios que se anunciaba así él mismo por boca de Jeremías: «Te he amado con un amor eterno, y por eso te he atraido á la piedad que he tenido por tí.» (Cap. XXXI, 3.
(3) *Timeo.*
(4) Epístola VI.

Hé aquí el Verbo, Hijo de Dios, Dios mismo del Universo, autor de todo cuanto es y de todo cuanto será *(per quem omnia facta sunt, et sine ipso factum est nihil quod factum est)*, que debe instruirnos en la *doctrina verdadera*, y por quien TODOS *conoceremos* CLARAMENTE á *su Padre y Señor*, en cuanto es posible á los hombres.

No conozco nada mas claro que estas invocaciones tan análogas del diálogo de Sócrates y Alcibiades, y que se iluminan y aclaran recíprocamente.

El maestro de incredulidad de Voltaire, Bolingbroke, respondiendo á Clarke, no pudo librarse de la fuerza de este testimonio sino diciendo, que era un *sentimiento particular* de Sócrates ó de Platon, y que, como tal, no podia ser decisivo.

Un sentimiento particular, sea, en cierto sentido que apreciaremos en breve; pero sentimiento, que como ya hemos visto y vamos á ver, se encuentra de distinto modo por do quiera, llegando á ser, por lo tanto, múltiple; y que, por otra parte, seria mas inesplicable, si fuere realmente particular; porque entonces seria preciso decir que Platon tuvo una revelacion del Cristianismo, y colocarle entre nuestros Profetas; lo cual, á la dificultad de recurrir á lo sobrenatural, que es lo que se quiere evitar con esta esplicacion, se agregaria el absurdo de haberse hecho una revelacion particular á un filósofo que permaneció, por otra parte, sumido en los errores y en los vicios intelectuales de la naturaleza pagana.

Es, pues, forzoso convenir en la única esplicacion posible, y que se ha dado por dos sábios críticos: «¿De dónde sacó Platon esta doctrina? dice uno de ellos, á quien debemos el testo purificado del mismo Platon. Imposible es decirlo, si no se admite lo que es por otra parte verosímil, que esta doctrina provino de la creencia de que se hizo cargo en sus viajes, respecto de un Mediador entre Dios y el hombre que participase de la naturaleza de los dos, creencia difundida por tradicion entre los pueblos antiguos de la tierra. Esto no es dudoso (1).»—«Vése por este diálogo, dice tambien el sábio Foucher, que la *espectacion real y verdadera* de la venida de un Doctor universal era *dogma recibido* que no permitia contradiccion alguna (2).»

¿Cómo dudar de ello, cuando vemos al antípoda de Platon, en China, á Confucio profesar esta misma creencia?

En efecto, leemos en los libros de moral de este filósofo, «que *debia ser enviado del cielo un* SANTO, el cual sabria todas las cosas y tendria *todo poder en el cielo y en la tierra (data est mihi omnis potestas in cœlo et super terram.* (3)» San Mateo, XXVIII, 18).

En mis *Estudios* he espuesto documentos al abrigo de toda sospecha, aducidos y comprobados por el sábio investigador de las antigüedades chinas, M. Abel Remusat, que determinan y fijan esta creencia, no solamente respecto de este VERDADERO SANTO, comparado con el cual á ningun otro podria dársele este nombre, sino respecto de la region y del tiempo donde debia aparecer, y que son exactamente los mismos en que apareció JESUCRISTO. «Es indudable que esta creencia se difundió en China, dice M. Abel Remusat, desde el siglo VI antes de la era vulgar, como remontándose *á tres mil años.*» (4)

Démonos, pues, la satisfaccion, aunque sea supérflua, de reproducir uno de estos documentos, citado por el eminente orientalista en su traduccion del *Invariable Medio*. Es un tratado de la religion musulmana, escrito en chino, donde se lee lo signiente:

«El ministro Phi consultó á Confucio, y le dijo: ¡Oh maes-

(1) Bruker, *Hist. crit. filos.*, part. 1, t. II, p. 434.

(2) *Memorias de la Academia de Inscrripciones*, t. LXXI, p. 147, nota.

(3) *Moral* de Confucio, n. 196.

(4) *El Invarible Medio*, págs. 143, 158, 159 y 160.

tro! ¿no sois un hombre santo? El respondió: por mucho que me esfuerzo, no me recuerda mi memoria á nadie que sea digno de ese nombre. Pero, replicó el ministro, ¿no han sido santos los tres reyes? Los tres reyes, respondió Confucio, han mostrado una prudencia suma é ilustrada y de fuerza invencible; pero yo, *Kieu*, no sé si han sido santos. El ministro repuso: ¿No han sido santos los cinco señores? Los cinco señores, dijo Confucio, han procedido con una caridad divina y una justicia inalterable; pero yo, *Kieu*, no sé si han sido santos. El ministro le preguntó todavía: ¿No han sido santos los tres Augustos? Los tres Augustos, respondió Confucio, han podido hacer buen uso de su tiempo; pero yo, *Kieu*, ignoro si han sido santos. El ministro, sorprendido al oirle, le dijo por fin: Siendo así, ¿á quién se puede llamar santo?... Confucio respondió conmovido: Yo, *Kieu*, he oido decir que en las comarcas OCCIDENTALES habria UN HOMBRE SANTO, *que sin ejercer acto alguno de gobierno, prevendria las turbulencias; que sin hablar palabra, inspiraria una fé espontánea; que, sin verificar cambio alguno*, PRODUCIRIA UN OCÉANO DE ACCIONES MERITORIAS. Mortal alguno puede decir su nombre; pero yo, *Kieu, he oido decir* que este seria el VERDADERO SANTO.» (1)

¿Diráse todavía que es esto un sentimiento particular de Confucio? Sea enhorabuena, con tal de esplicar en breve en qué consiste esta particularidad, y no olvidando la observacion hecha ya sobre Platon, que la circunstancia de ser particular este sentimiento lo haria aun mas prodigioso.

Pero Confucio contesta á esta dificultad con una palabra que se encuentra frecuentemente tambien en Platon. *He oido decir*: Ninguno de los dos espone esta creencia como original suya, sino que ambos se presentan como órganos de la *tradicion*.

(1) *El Invariable Medio*, nota págs. 144 y 145.

Notemos aquí además, que, esto escluye toda idea de *casualidad*, que es, por otra parte absurda, que salvo el pueblo judío, todos han creido que el Salvador esperado vendria de fuera, cosa ya singular; y lo que es mas singular todavía, que les vendria, para los pueblos de Europa y de América, del Oriente, y para los pueblos de la India y de la China, de Occidente; lo cual coloca el punto de esta divina aparicion, objeto de la espectacion universal, precisamente en Judea.

Me limito á estas indicaciones, remitiendo al lector, para que satisfaga su curiosidad, á otros muchos testimonios. Hállase, pues, consignada, sin impugnacion alguna, la demostracion de la universalidad de la creencia en JESUCRISTO, que debia venir al mundo; solamente le falta el sello de la *confesion*.

Esta confesion misma duplica su fuerza y pone en plena evidencia esta gran verdad, que la impiedad no proviene en manera alguna de la insuficiencia de las pruebas, sino de la mala disposicion de la voluntad.

Voltaire, Volney y Boulanger, vencidos ya por las pruebas de su tiempo, han tomado la delantera respecto de todas aquellas que el progreso de las ciencias históricas ha venido á agregar.

Hé aquí su declaracion:

«Desde tiempo inmemorial era una máxima entre los indios y los Chinos, ha dicho el primero, que el sabio vendria *del Occidente*. La Europa, por el contrario, decia que el Sabio vendria *del Oriente*.»—Despues, Voltaire cree salir de este compromiso añadiendo: «Todas las naciones han necesitado siempre un sabio (1).»

Volney, mas grave y formal, se limita á decir: «Las tradiciones *sagradas* y *mitológicas* (de acuerdo en esto, no obs-

(1) *Adicion á la historia general*, pág. 15, edit. de 1763.

tante su divergencia en todo lo demás) habian difundido en toda el Asia (y no menos en Europa y en América) la creencia de *un gran Mediador* que debia venir,—*de un Juez final,—de un Salvador futuro,—Rey,—Dios conquistador y Legislador,—que volveria á traer la edad de oro sobre la tierra y libraria á los hombres del espíritu del mal* (1).»

Boulanger, que se habia abismado tenazmente en las profundidades de la Antigüedad, con un espíritu de hostilidad declarada contra el cristianismo, nos envia de los pozos de su erudicion, esta declaracion que recae sobre él, sin dejar á su incredulidad otro respiradero que una espresion que vamos á notar, como sello de su impotencia.

«Los Hebreos esperaban, bien sea un conquistador, bien un ser indefinible, dichoso ó desgraciado, y todavía lo estan esperando... El oráculo de Delfos, como se ve en Plutarco, era depositario de una antígua y secreta profecía sobre el nacimiento de un hijo de Apolo, que traeria el reinado futuro de la justicia; y todo el paganismo griego y egipcio tenia *multitud de oráculos que no comprendia*, pero todos los cuales revelaban de igual manera *esta quimera universal*. Ella era la que *daba ocasion á la loca vanidad de tantos reyes y príncipes como pretendian pasar por hijos de Júpiter*.—Las demás naciones de la tierra no han dado menos en estas *estrañas visiones*: los Chinos esperan un *Phelo;* los Japoneses un *Seyrum* y un *Cambadoxi;* los Siameses un *Sommona-Codon*.—Todos los americanos esperaban *por la parte de Oriente*, que podria llamarse el POLO DE LA ESPERANZA DE TODAS LAS NACIONES (2) á los hijos del Sol; y los Mejicanos especialmente esperaban á uno de sus antiguos reyes, que debia volver á verles por el lado de la Aurora, des-

(1) *Las Ruinas ó Meditaciones sobre las revoluciones de los Imperios*, pág. 228.

(2) *Ecce vir oriens nomen ejus* (Zach., VI, 12).
Ipsa erit expectatio gentium (Genes. XLIX, 10).

pues de haber dado la vuelta al mundo (1).—Finalmente, NO HAY PUEBLO ALGUNO QUE NO HAYA TENIDO SU ESPECTACION DE ESTA ESPECIE (2).»

Todo merece notarse en esta cita: porque es la luz, y llevada para que no se la pueda recusar por una mano que no ilumina.

Boulanger, en efecto, viene á poner él mismo el sello á la sabia integridad de su testimonio con una de las palabras mas felices para atestiguar el disgusto que le causa y su impotencia para librarse de él; llamando á esta abrumadora universalidad de una misma creencia en la diversidad de usos, de costumbres y de religiones de los diferentes pueblos, una *quimera universal*. Pero sin considerar siquiera la aplicacion que se da á esta palabra, queda refutada por sí misma. En efecto, quien dice *quimera*, dice *singularidad*, lo cual es contradictorio de *universalidad*. De suerte, que Boulanger se ve cogido como entre dos puertas, y queda aprisionado por su propia declaracion.

Pero no le censuremos demasiado por encontrarse en una disposicion en que tambien nos hallamos nosotros: tal es, la de considerar como *singular* lo que no lo es sino para nuestra falta de creencia. Esta es la *singular*, porque en todas la cosas nos hacemos por lo comun la ilusion de atribuir nuestra propia singularidad á lo que nos acontece, y de estrañarnos de lo que afirma el género humano.

Por lo demás, el mismo Boulanger, con motivo de otro hecho, del diluvio, ha pronunciado su sentencia y la nuestra

(1) Ya hemos visto despues por M. Humboldt el carácter hebraico-cristiano de esta creencia.

(2) La *Antigüedad sin velo*, t. II, lib. IV, cap. III, pág. 369.—*Investigaciones sobre el Origen del Despotismo Oriental*, secc. X, página 116.

sobre este punto, y este será el modo mejor de concluir este párrafo.

«Debe tomarse un hecho en la tradicion de los hombres, cuya verdad sea universalmente reconocida. Este hecho puede justificarse y confirmarse por la universalidad de los pareceres, puesto que se encuentra su tradicion en todas las lenguas y en todas las comarcas del mundo. Este hecho incomprensible es lo mas notorio y lo mas incontestable que puede imaginarse.— *Un hombre de sentido comun y de buen juicio, que solo haya estudiado las tradiciones deberia creer. Seria preciso tener el entendimiento mas limitado y ser el hombre mas testarudo* para dudar de aquel hecho, si consideraba los testimonios unánimes de la historia, y la voz universal del género humano (1).»

Agréguese á esto la siguiente reflexion de Cuvier, enteramente de sentido comun: «que es imposible que dé un resultado universal una simple casualidad; y que las ideas de los pueblos que tienen tan pocas relaciones de semejanza unos con otros, y cuyo idioma, religion y costumbres nada tienen de comun, no convendrian sobre un punto, si no tuvieran la verdad por base.»

Esto se verifica respecto de *Jesucristo* que fue creido en toda la antigüedad por el género humano, antes de aparecer en la tierra.

(1) Boulanger, la *Antigüedad sin velo.*

X.

JESUCRISTO EN LA PRÁCTICA UNIVERSAL DE LOS SACRIFICIOS, DOGMA DE LA ESPIACION.

La verdad que tratamos aquí no es de las que necesitan exageracion ni artificio alguno para ser demostradas, si tal modo de proceder pudiera ser jamás permitido.

Así, pues, reconoceré desde luego, que entre los testimonios que hemos producido, hay muchos como decia Bolingbroke respecto de Platon, que eran *particulares* á sus autores, y que no espresaban, en su mayor precision, el sentimiento vulgar. Basta leerlos, en efecto, para conocer, atendido el pasmo que ocasionaban á su alrededor, que eran por decirlo así, solitarios.

¿Mas deberá suprimírseles por ello?

Esto seria desechar elementos que conducen á la verdad, sin ganar nada en ello; porque el error en que se incurriria llevaria á una conclusion mucho mas directa y mas rigurosa que la que se queria evitar.

Si solo fuera aquel, en efecto, un sentir particular, como ya hemos dicho, no perteneceria al órden tradicional, sino al órden realmente profético, y en su consecuencia tanto mas sobrenatural.